

Una trama emocionante con sustos y sobresaltos en cada página...  
Una novela de suspenso de primera clase.

*The Guardian*



# TESS GERRITSEN

## El Aprendiz

RIZZOLI & ISLES

Es un verano abrasador en Boston. Y a los males de la ciudad se les agrega una serie de crímenes atroces, en los que hombres de buena posición económica son obligados a mirar cómo un asesino ataca sexualmente a sus esposas. Una exigencia sádica que termina en rapto y muerte.

El patrón de las muertes habla de un hombre: el asesino serial Warren Hoyt, recientemente eliminado de las calles de la ciudad. La policía solo puede suponer que un acólito está suelto, un depravado que copia las técnicas del demente al que tanto admira. Al menos eso es lo que piensa la detective Jane Rizzoli. Obligada otra vez a enfrentarse con el asesino que la ha dejado marcada –en sentido literal y figurativo– está decidida a poner fin a la aterradora influencia de Hoyt... aun si significa lidiar con más resistencia de su unidad de homicidios, compuesta únicamente por hombres.

Pero Rizzoli no contaba con el repentino interés del gobierno de los Estados Unidos. Ni con toparse con el agente especial Gabriel Dean, que sabe más de lo que dice. Y más que nada, no esperaba convertirse en un blanco ella misma, una vez que Hoyt vuelve a estar libre y se une a su misterioso hermano de sangre para una venganza feroz.

## Índice

PRÓLOGO

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

DOCE

TRECE

CATORCE

QUINCE

DIECISÉIS

DIECISIETE

DIECIOCHO

DIECINUEVE

VEINTE

VEINTIUNO

VEINTIDÓS

VEINTITRÉS

VEINTICUATRO

VEINTICINCO

VEINTISÉIS

Agradecimientos

*Para Terrina y Mike*

## PRÓLOGO

*Hoy he visto morir a un hombre. Fue un acontecimiento inesperado y me sigo maravillando por el hecho de que el drama se haya desarrollado a mis pies. Gran parte de lo que consideramos emocionante en nuestras vidas no se puede prever y debemos aprender a disfrutar de los espectáculos como vienen, así como a apreciar los excepcionales momentos de interés expectante que puntúan el paso del tiempo que de otro modo sería monótono. Es cierto que mis días aquí transcurren lentamente, en este mundo detrás de los muros, donde los hombres no somos más que números, y nos diferenciamos no por nuestros nombres ni por los talentos que nos han sido dados, sino por la naturaleza de nuestras faltas. Nos vestimos igual, comemos la misma comida, leemos los mismos libros del mismo carro de la prisión. Cada día es igual al anterior. Y de repente, un sorpresivo incidente nos recuerda que la vida puede cambiar en un instante.*

*Así sucedió hoy, el 2 de agosto, que maduró hasta convertirse en un día gloriosamente soleado y cálido como a mí me gusta. Mientras los demás hombres sudan y arrastran los pies como ganado letárgico, yo estoy de pie en el centro del patio de ejercicios, de cara al sol como un lagarto que absorbe el calor. Tengo los ojos cerrados, por lo que no veo la puñalada ni al hombre trastabillar hacia atrás y caer. Pero oigo el clamor de voces agitadas y abro los ojos.*

*En una esquina del patio, yace un hombre, sangrando. Todos los demás se apartan y se colocan la habitual máscara*

*ra de indiferencia que anuncia que no vieron nada ni saben nada.*

*Yo, solo, me acerco al hombre caído.*

*Por un instante, me quedo mirándolo. Tiene los ojos abiertos y lúcidos; para él debo ser solamente una silueta negra recortada contra el resplandor del cielo. Es joven, muy rubio, con una barba que es apenas más que una pelusa. Abre la boca y le brotan burbujas de espuma rosada. Una mancha roja se le expande por el pecho.*

*Me pongo de rodillas junto a él y le rasgo la camisa, dejando al descubierto la herida, que está justo a la izquierda del esternón. La hoja ha entrado limpiamente entre las costillas y ha perforado el pulmón, y tal vez hasta ha pinchado el pericardio. Es una herida mortal y él lo sabe. Intenta hablarme, moviendo los labios sin emitir sonido, mientras trata de enfocar la mirada. Quiere que me incline hacia él, tal vez para escuchar alguna confesión de lecho de muerte, pero no siento el menor interés por nada de lo que pueda decir.*

*Me concentro, en cambio, en la herida. En la sangre.*

*Estoy muy familiarizado con la sangre. La conozco hasta en sus elementos. He manipulado innumerables tubos de sangre, he admirado sus distintos tonos de rojo. La he centrifugado hasta obtener columnas bicolores de células apretadas y suero amarillento. Conozco su brillo, su textura sedosa. La he visto fluir en torrentes satinados por incisiones frescas en la piel.*

*La sangre le brota del pecho como agua bendita de un manantial sagrado. Presiono la palma de la mano contra la herida, bañando mi piel en la tibieza líquida, y la sangre me cubre la mano como un guante escarlata. El hombre cree que trato de ayudarlo y una chispa de gratitud le ilumina los ojos. Es probable que este hombre no haya recibido demasiados gestos de bondad en su corta vida; qué ironía que me confunda con el rostro de la misericordia.*

*A mis espaldas, oigo el ruido de botas contra el suelo y voces autoritarias:*

*–¡Atrás! ¡Todos hacia atrás!*

*Alguien me sujeta de la camisa y me obliga a incorporarme. Me empujan hacia atrás, me alejan del hombre agonizante. Vuela polvo y el aire se carga de insultos mientras nos arrean hacia una esquina. El instrumento mortal, la navaja, yace abandonada en el suelo. Los guardias exigen respuestas pero nadie ha visto nada, nadie sabe nada.*

*Como siempre.*

*En el caos del patio, permanezco algo apartado de los otros prisioneros, que siempre me han evitado. Levanto la mano, de la que todavía chorrea sangre del muerto, e inhalo su fragancia suave y metálica. Con solo olerla, me doy cuenta de que es sangre joven, de carne joven.*

*Los otros prisioneros me miran y se alejan un poco más. Saben que soy distinto; lo han intuido desde un principio. A pesar de su brutalidad me temen, porque comprenden quién –y qué– soy. Observo sus caras, buscando un hermano de sangre entre ellos. Alguien como yo. Pero no lo veo aquí, ni siquiera en esta casa de hombres monstruosos.*

*Pero existe. Sé que no soy el único de mi condición que camina sobre la faz de la tierra.*

*En alguna parte, hay otro. Y me espera.*



## UNO

El lugar ya era un hervidero de moscas. Cuatro horas sobre el asfalto caliente de South Boston habían cocinado la carne pulverizada y liberado el equivalente químico de una campana que anuncia la cena, y el aire zumbaba de moscas. A pesar de que lo que quedaba del torso estaba cubierto ahora con una sábana, todavía quedaba mucho tejido expuesto como para que los insectos carroñeros se hicieran un festín. En la calle, dentro de un radio de diez metros, se veían trocitos de masa encefálica y otras partes imposibles de identificar. Un fragmento de cráneo había aterrizado en una maceta de flores del segundo piso y los coches aparcados tenían tejido adherido a la superficie.

La detective Jane Rizzoli siempre había tenido estómago resistente, pero hasta ella tuvo que hacer una pausa, cerrar los ojos y apretar los puños, furiosa consigo misma por ese instante de debilidad. Mantén la calma. Mantén la calma. Era la única mujer detective de la unidad de homicidios del Departamento de Policía de Boston, y sabía que los implacables reflectores siempre le apuntaban a ella. Cada error, cada triunfo, sería notado. Por todos. Su compañero, Barry Frost, ya había vomitado el desayuno a la vista de todos, lo que era humillante, y ahora estaba sentado con la cabeza sobre las rodillas en el vehículo con aire acondicionado, esperando a que se le asentara el estómago. Ella no podía permitirse sucumbir a las náuseas. Era la oficial de policía más visible en la escena y del otro lado de la cinta policial el público observaba, registrando cada uno de sus movimientos, cada detalle de su aspecto. Sa-

bía que aparentaba menos de sus treinta y cuatro años y eso le hacía sentir la necesidad de mantener un aire de autoridad. Lo que le faltaba en estatura lo compensaba con una mirada directa y penetrante y un porte erguido. Había aprendido el arte de dominar la escena, aunque fuese a fuerza de pura intensidad.

Pero el calor le estaba drenando las energías. Había comenzado el día vestida con los pantalones y americana habituales y con el cabello bien peinado. Ahora se había quitado la chaqueta, tenía la blusa arrugada y la humedad le había encrespado e indisciplinado la melena oscura. Se sentía atacada desde todos los frentes por los olores, las moscas y el sol abrasador. Eran demasiadas las cosas en las que había que concentrarse al mismo tiempo. Y con toda esa gente mirando.

El sonido de voces enérgicas le llamó la atención. Un hombre con camisa de vestir y corbata discutía con un policía para que le permitiera el paso.

—Mire, tengo que llegar a una reunión de ventas ¿entiende? Ya voy con una hora de retraso. Me han rodeado el coche con la maldita cinta policial ¿y ahora me dice que no puedo conducirlo? ¡Joder, es mi puto coche!

—Se trata de la escena de un crimen, señor.

—¡Es un accidente!

—No hemos determinado eso todavía.

—¿Y cuánto tiempo les tomará hacerlo, todo el día? ¿Por qué no nos escuchan a nosotros? ¡Todo el vecindario escuchó lo sucedido!

Rizzoli se acercó al hombre, cuya cara estaba perlada de sudor. Eran las once y media y el sol, cerca del zenit, brillaba como un ojo de fuego.

—¿Qué fue lo que escuchó exactamente, señor?

El hombre resopló con impaciencia.

—Lo mismo que escucharon todos...

—¿Un golpe fuerte?

–Sí. Alrededor de las siete y media. Justo estaba saliendo de la ducha. Miré por la ventana y allí estaba, tendido sobre la acera. Como verás, es una esquina complicada. Muchos idiotas la toman a gran velocidad. Debe de haberlo arrollado un camión.

–¿Vio un camión?

–No.

–¿Escuchó el ruido de un camión?

–No.

–¿Y tampoco vio un automóvil?

–Camión, coche. –Se encogió de hombros–. De cualquier modo, alguien lo atropelló y se fugó.

La misma historia, repetida media docena de veces por los vecinos de ese hombre. En algún momento entre las siete y quince y las siete y treinta de la mañana se había oído un ruido fuerte en la calle. Nadie vio el momento en que sucedió. Simplemente oyeron el ruido y encontraron el cuerpo. Rizzoli ya había considerado y descartado la posibilidad de que el hombre se hubiera arrojado al vacío. Se trataba de un vecindario de construcciones de dos pisos, ningún edificio era lo suficientemente alto como para explicar los daños catastróficos en el cuerpo de alguien que se hubiera arrojado por una ventana. Tampoco había encontrado evidencia de una explosión como causa de tamaño desintegración anatómica.

–¿Oiga, puedo llevarme el coche ahora? –quiso saber el hombre–. Es aquel Ford verde.

–¿El que tiene el maletero salpicado de tejido cerebral?

–Sí.

–¿Pues qué le parece? –respondió ella con aspereza y se alejó para reunirse con el médico forense, que estaba agazapado en medio de la calle, estudiando el asfalto–. Los vecinos de esta calle son unos imbéciles –se quejó Rizzoli–. A nadie le importa un carajo la víctima. No hay una persona que sepa quién es, tampoco.

El doctor Ashford Tierney no levantó la vista, sino que siguió contemplando la calle. Debajo de unos mechones escasos de pelo canoso, su cuero cabelludo brillaba por el sudor. Nunca había visto al doctor Tierney tan anciano y cansado como se veía ahora. Cuando intentó incorporarse, extendió un brazo en un pedido mudo de ayuda. Ella le tomó la mano y sintió, a través de la piel, el crujido de huesos cansados y articulaciones artríticas. Era un anciano caballero sureño, nativo de Georgia, y nunca se había llevado del todo bien con la forma de ser directa de Rizzoli, característica de los bostonianos, del mismo modo que a ella nunca le había gustado la formalidad de él. Lo único que tenían en común eran los restos humanos que iban a parar a la mesa de autopsias del doctor Tierney. Mientras lo ayudaba a ponerse de pie, su fragilidad la entristeció y le recordó a su propio abuelo, que la había preferido por sobre los demás nietos, tal vez porque se reconocía a sí mismo en la tenacidad y el amor propio de ella. Recordó cómo lo ayudaba a levantarse del sillón reclinable, cómo su mano, entumecida por un accidente cerebrovascular se cerraba como una garra sobre el brazo de ella. Aun a los hombres fuertes como Aldo Rizzoli el paso del tiempo los desgastaba hasta convertirlos en huesos y articulaciones frágiles. Veía ese efecto en el doctor Tierney, que trastabilló bajo el sol ardiente, sacó un pañuelo y se secó el sudor de la frente.

—Este sí que es un caso extraordinario con el que terminar mi carrera —comentó—. ¿Dígame, detective, va a venir a mi fiesta de despedida?

—Ehh... ¿qué fiesta? —preguntó Rizzoli.

—La fiesta con la que piensan sorprenderme.

Ella suspiró.

—Sí, voy a ir —admitió.

—¡Já! Siempre sé que me dará una respuesta directa. ¿Es la semana que viene?

—No, la siguiente. Y yo no le dije nada ¿de acuerdo?

–Me alegro de que me lo haya dicho. –Bajó la vista al asfalto–. No me agradan demasiado las sorpresas.

–¿Qué tenemos aquí, entonces, doc? ¿Atropello y fuga?

–Este parece ser el punto de impacto.

Rizzoli bajó la mirada al gran charco de sangre. Luego miró el cadáver, tendido a unos cinco metros, sobre la acera.

–¿Dice que primero golpeó aquí contra el suelo y luego rebotó hasta allí? –preguntó Rizzoli.

–Por lo visto, sí.

–Debe de haberse tratado de un camión enorme para causar este desparramo.

–No, un camión, no –fue la enigmática respuesta de Tierney. Echó a andar por la calle, con la mirada fija en el suelo.

Rizzoli lo siguió, espantando el mosquerío. Tierney se detuvo a unos diez metros y señaló una masa grisácea junto al cordón.

–Más masa cerebral –observó.

–¿No fue un camión lo que hizo esto? –preguntó Rizzoli.

–No. Ni un coche, tampoco.

–¿Y qué me dice de las marcas de neumáticos en la camisa de la víctima?

Tierney se enderezó y recorrió con la mirada la calle, las aceras, los edificios.

–¿Nota algo particularmente interesante en esta escena, detective?

–¿Además del hecho de que hay un tipo muerto al que le falta el cerebro?

–Mire el punto de impacto. –Tierney hizo un ademán hasta el lugar donde había estado agazapado unos momentos antes–. ¿Ve el patrón de dispersión de las partes del cuerpo?

–Sí, salpicó hacia todas partes. El punto de impacto está en el centro.

–Correcto.

–Es una calle transitada –comentó Rizzoli–. Los vehículos giran por la esquina a demasiada velocidad. Además, la víctima tiene marcas de neumáticos en la camisa.

–Vayamos a ver esas marcas de nuevo.

Mientras caminaban otra vez hacia el cadáver, se les unió Barry Frost, que por fin había salido de su automóvil; se lo veía pálido y algo avergonzado.

–Ay, ay, ay –se lamentó.

–¿Te encuentras bien? –preguntó ella.

–¿Crees que tendré gastroenteritis o algo así?

–O algo así, sí. –A Rizzoli siempre le había caído bien Frost; apreciaba su personalidad alegre y positiva y lamentaba tener que verlo con el orgullo tan pisoteado. Le dio una palmada en el hombro y le sonrió con aire maternal. Frost despertaba instintos maternales, aún en alguien decididamente poco maternal como ella–. La próxima vez te pondré una bolsita para el vómito en la mochila –dijo, solícita.

–Sabes –respondió él, mientras echaba a andar tras ella–, creo que es solo un virus estomacal.

Llegaron al torso. Tierney gruñó al agazaparse; sus articulaciones protestaban ante la nueva afrenta. Levantó la sábana descartable. Frost empalideció y dio un paso atrás; Rizzoli contuvo el impulso de hacer lo mismo.

El torso se había quebrado en dos partes, separadas a la altura del ombligo. La mitad superior, cubierta con una camisa beis de algodón, yacía de este a oeste. La parte inferior, con vaqueros, de norte a sur. Las dos mitades estaban conectadas solo por unas hilachas de piel y músculo. Los órganos internos habían salido del cuerpo y conformaban una masa pulposa en la acera. La parte posterior del cráneo se había abierto y el cerebro había sido eyectado.

–Hombre joven, bien alimentado, de aparente origen hispano o mediterráneo, de entre veinte y treinta años –informó Tierney–. Fracturas visibles en la columna a la altura del tórax, clavícula, costillas y cráneo.

–¿No puede haberlas causado un camión? –preguntó Rizzoli.

–Es posible, claro, que un camión haya provocado este tipo de daños masivos. –Miró a Rizzoli con un desafío en sus ojos celestes–. Pero nadie oyó ni vio a un vehículo de ese tipo ¿verdad?

–Lamentablemente, no –admitió ella.

–Miren, no me parece que esas marcas en la camisa sean de neumáticos –logró mascullar Frost por fin.

Rizzoli se concentró en las huellas negras sobre la parte delantera de la camisa de la víctima. Con mano enguantada, tocó una de las líneas y se miró el dedo. Una mancha negra se había transferido al guante de látex. Se quedó mirándolo un instante, mientras procesaba esta nueva información.

–Tienes razón –dijo–. No es la huella de un neumático. Es grasa.

Se enderezó y recorrió la calle con la mirada. No veía huellas ensangrentadas de neumáticos ni partes de carrocería. No había trozos de vidrio ni de plástico quebrados por el impacto contra un cuerpo humano.

Durante varios segundos, nadie habló. Se miraron entre ellos, mientras comenzaban a comprender la única explicación posible. Como para confirmar la teoría, un avión de línea pasó rugiendo sobre sus cabezas. Rizzoli levantó la mirada y vio un 747 en descenso hacia el aeropuerto internacional Logan, unos diez kilómetros hacia el noreste.

–Dios bendito –masculló Frost, protegiéndose los ojos del sol–. Qué manera de irse. Por favor díganme que ya estaba muerto cuando cayó.

–Es bastante probable –repuso Tierney–. Me atrevería a decir que su cuerpo cayó cuando bajaron las ruedas, al